de su aposento, y si alguna vez le enviaban sus penitentes algún regalo, pedía licencia y distribuíalo con los enfermos, ó con los que le parecía merecerlo mejor por el trabajo que tenían en predicar; su comida la de la Comunidad, como quien tantos años en las misiones supo sentir continuos efectos de pobreza é incomodidades, sustentándose de viles y groseros manjares, y muy de ordinario de yerbas, donde su vestido era una junta de remiendos de paño grosero y muy gastado; su cama una jerga doblada, y cuando mucho una frazada; la casa en que vivía, una choza, y aun las iglesias eran pajizas, para que todo oliese á la santa pobreza que tanto en su corazón estimaba. La mayor parte de la limosna que cada año le enviaban como á misionero, empleaba, ó en el culto divino ó en el sustento de los indios pobres; y estaba tan despegado de las comodidades de esta vida, que la memoria de cosas necesarias que suelen enviar los misioneros al Procurador de Provincia para que les avíe de ellas, pedía á alguno de los Padres misioneros que se la hiciese, porque él no sabía de lo que necesitaba; pareciéndole á su pobre y humilde espíritu que le sobraba todo.

Su castidad fué con una angelical emulación purísima, y lo que en esta parte excede todo encarecimiento, es: que habiendo gastado 37 años y lo más vigoroso de su edad en las misiones, viviendo solo y entre gente desnuda, y que al paso que es bárbara también es maliciosa, y siendo el Padre de un natural muy amable y apacible trato para con todos, jamás se notó en él la menor indecencia, ni se dijo palabra de él que pudiese inducir la menor sospecha contra su muy religioso recato. Tal era el que con sus sentidos traía, en especial el pacto, ó por mejor decir, el imperio sobre sus ojos; pues siendo ya tan anciano cuando estuvo en la Casa Profesa, y confesando muchas señoras principales, sin exceptuarse á las más pobrecitas, era tanto el cuidado que traía sobre sus sentidos, que se acusaba con gran dolor y vergüenza en sus exámenes, si alguna vez sin reparar se le iba la vista á mirar á alguna al rostro.

Esta sujeción de la carne al espíritu, premio fué de la de su voluntad á la de los superiores por la obediencia, no sólo en la ejecución de sus órdenes expresas, sino también de la insinuación de sus mandatos. Teníales tan grande respeto, que aun en lo exterior era necesario ordenarle se cubriese en su presencia, comunicándoles aun las cosas mínimas de su alma y esperando de sus respuestas (que como oráculos divinos veneraba) la dirección de todas sus acciones, y tanto, que las muy espirituales y de que sacaba todo el aprovechamiento de su espíritu, como era el decir Misa, porque los Superiores, atendiendo á sus muchos achaques y años, le ordenaron los últimos días de su vida no la dijese, les obedeció al punto con gran prontitud de ánimo, queriendo antes faltar á su espiritual consuelo, que contravenir ni mostrarse menos indiferente á la ejecución de sus órdenes.

Estos y otros muchos ejemplos nos dejó de las virtudes esenciales, acerca de los tres votos comunes de cualquiera religioso; añadió á ellas las que forman un perfecto profeso de la Compañía, y un misionero apostólico, todo dedicado al bien y salvación de las almas, en su modo de proceder para con Dios, para consigo y para con los prójimos.

Para con Dios fué muy pío, venerándole como á Señor y amándole como á Padre; celaba con religiosa entereza su honra, mostraba cuando convenía lo rígido de su celo, y ocultando lo suave de su condición si veía en nuestra iglesia algún hombre hablando con alguna mujer, aunque fuesen personas de autoridad ó parientes muy cercanos los reprendía, advirtiéndoles que estaban en el templo y casa de Dios, y reconviniéndoles con el ejemplo que debían dar y á que estaban obligados; este mismo celo le comía las entrañas para desterrar el culto de los ídolos, las supersticiones y hechicerías cuando estuvo entre gentiles que doctrinaba, y se abrasaba como el Apóstol cuando sucedía algún escándalo en alguno de los recién convertidos; y temeroso fuese por su culpa, pagaba con las rigurosas penitencias de su cuerpo lo que merecían los delitos de sus prójimos.

Todo este celo era hijo del amor tan tierno que tenía á su Dios, y del aprecio que hacía de un Señor tan grande, granjeado con el trato familiar que con su divina Majestad en la oración tenía. Era la del Padre Pedro Mendes continua, sin que las ordinarias ocupaciones de sus ministerios le quitasen á Dios de los ojos, porque los ponía en los que trataba, como en criaturas suyas redimidas con su sangre y llamadas á la vida eterna. Antes de venir de su última misión á la Casa Profesa, asistió en una estancia del Colegio de la villa de Sinaloa, y allí en una huerta labró una ermita donde estuvo un año entero, gastando todo este tiempo en oración y contemplación, sin tener cama en que dormir y sin regalo alguno, siendo de 80 años de edad; grandes actos eran estos, pero inferiores á su fervor, que no sólo en cosas tan grandes, sino también aun en las muy menudas, mostraba la piedad para con Dios y su Santísima Madre. Tenía en su aposento viviendo en la Casa Profesa, una imagen del *Ecce Homo* y otra de la Santísima Virgen, á quienes siempre que entraba en su aposento saludaba con tiernísimo afecto, rezándole al Salvador la antífona *Adoramus te Christe, etc.*, y á su bendita Madre la de *Sub tuum præsidium;* y en siendo tiempo de flores llevaba de la huerta las más hermosas, poniéndoselas á estas santas imágenes y ofreciendo en aquellas flores los frutos de su reverencia y amor. Brotando éste como fuego del corazón á la boca, hablando siempre que se ofrecía de Dios en todas sus conversaciones, con tanta ternura, que no pocas veces la manifestaban las lágrimas.

§ VII.

Prosiguen otras excelentes virtudes que resplandecieron en el Padre Pedro Mendes.

Al paso del amor y piedad que tuvo el Padre Pedro Mendes para con Dios, fué estremado el rigor y aspereza que tuvo para consigo; siempre trató á su cuerpo como enemigo mortal, sin procurarle alivio; la comida vil, el vestido roto, los cilicios continuos, las disciplinas crueles, estando ya tan viejo que ni aun andar podía, ni aun valerse de las manos para el uso de sus acciones, sólo parece que las tenía para maltratarse y herirse. Admirados tenía á los que vivían junto á su aposento de la Casa Profesa el rigor con que se disciplinaba, oyéndose á largo espacio los golpes de la disciplina; lo mismo pasó en nuestro Colegio de San Pedro y San Pablo de esta ciudad, hallándose en una

Congregación Provincial que los hermanos estudiantes con edificación y curiosidad advertían, y se admiraban de estas penitencias tan rigurosas, que para un cuerpo sano y robusto aún eran excesivas, cuánto más en un anciano y tan lleno de llagas de pies á cabeza, ocasionadas de la enfermedad que le quitó la vida, que no tenía parte de su cuerpo que no estuviese llagada. Rara vez se desayunó, y si tal vez le obligaba la necesidad se desayunaba con un poco de pan, y alguna fruta ó cosa semejante que le daba el despensero; cuando podía decía la Misa muy tarde, en especial los días de concurso de confesiones, que después de oidas todas celebraba con tanta devoción y espacio, como si éste solo fuera el único empleo de su vida; guardó este estilo todo el tiempo que estuvo en las misiones, añadiendo otros ejercicios, como era el predicar, hacer cantar la doctrina á los indios, contarlos por si faltaba alguno, y después de todos estos ministerios decía la Misa, para que ninguna forzosa ocupación le estorbase el dar gracias por largo espacio con igual fruto y con sobreabundantes dulzuras de su alma; y esto por los últimos años, cuando en la última misión no podía andar sino con muletas por las llagas que le tenían las piernas hechas una criba. No menor penitencia puede llamarse el continuo tesón de acudir á todas las cosas de comunidad cuando vivió en ella, como si fuera el más mozo de toda la casa, aun cuando los Superiores le excusaban por sus achaques y años de semejantes ejercicios; jamás usó de privilegio ni nunca le quiso admitir, siempre contento con lo que le daban, y pareciéndole que aun eso no lo merecía.

Eran tantos y tan graves los dolores que padecía, tantas las llagas de su cuerpo, que no había instante en que no sintiese particular y excesivo dolor, en especial de las llagas de las piernas, que al descalzarlas tenía las medias pegadas y era vivísimo el dolor al quitárselas cada noche; llevábalo el Padre con una tan admirable constancia, que parecía alegría en él la paciencia. Dióle Dios á beber el cáliz de sus amigos tan hasta las heces, que murió en sumo desamparo, como después diré; y vivió estos últimos años tan sin consuelo humano y tan á secas, que parece solicitaba Dios algunos no procurados descuidos en las personas que le acudían, para mayor aumento de los dolores del Padre y para más ilustre corona de los vencimientos de sí mismo: el único consuelo con que regalaba su alma en medio de tantos dolores eran las palabras del Apóstol: *Non sunt condigne passiones huius temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*, las cuales escritas en un papel que en la pared de su aposento tenía, é impresas en el alma, le servían de antídoto á sus aflicciones y de consuelo á su paciencia.

Este fué el estremado rigor que el Padre Pedro Mendes ejecutó para consigo; no era así para con los prójimos, antes tan compasivo y tan blando, que parecía otro diverso hombre por el recato en sus palabras, y más si podían tocar en murmuración. A todos tenía un entrañable amor, no sólo á los de casa, sino también á los de fuera, solicitando su bien y procurándole por todos los caminos. Empleo fué éste no sólo de los últimos años de su edad, sino de todo el discurso de su vida, recabando de los corazones más obstinados la mudanza y arrepentimiento de las suyas; era tan eficaz su suavidad, que parecía tener imperio sobre sus voluntades. De este deseo del bien de los prójimos nacía en el Padre aquella valerosa constancia con que, sin parecer sujeto

á cansancio perseveró tantos años en las misiones, padeciendo increibles trabajos, necesidades, peligros, desamparos, sin humano interés, y aun á veces sin agradecimiento. El sainete de sus penas era sólo el bien de las almas; éste le hacía los cansancios, alivio; las hambres, sustento; los intolerables calores, muy llevaderos; los peligros, seguridad; las persecuciones, quietud; y las muertes, vida. Tenía, entre otras, una llaga horrible é incurable, mayor que la palma de una mano, que le impedía el poder sentarse sino de lado, sin ser bastante para que no estuviese las mañanas enteras oyendo confesiones, con dolores muy agudos como si estuviera en un paraíso de deleites, porque á la verdad todos los suyos libraba en reconciliar con su Dios las almas de sus prójimos. Para este fin pidió al Superior le pusiesen el confesonario en público dentro de nuestra Iglesia, que también le servía de oratorio oyendo todas las Misas con notable devoción y ternura, y estando como buen soldado en su puesto para socorrer á cualquiera alma que acosada de sus vicios quisiese llegar á sus pies por el remedio. Aconteció no pocas veces, entrar algunas bien necesitadas sin intento de confesarse, y en viendo al Padre Pedro Mendes en el confesonario, moverles Dios el corazón, preparar y llorar sus culpas, y echarse á sus pies para confesarlas.

De este confesonario también hacía púlpito, continuando el fruto que con sus sermones hizo siendo de menos edad. Tenía gran talento, y al paso de la gracia con que predicaba era la eficacia con que movía, y de un sermón á otro duraba en el auditorio de los españoles el sentimiento y provecho, confesándolos casi á todos después del sermón. Pero los que le arrebataban el corazón eran los indios, á cuya conversión y provecho dedicaba todos sus pensamientos y palabras. Veía desde este confesonario las procesiones de sangre de estos pobrecitos, tanto más aceptas á Dios, cuanto desnudas de toda pompa y vanidad, aquí era donde con fervorosos coloquios los animaba en su lengua á la penitencia y á la satisfacción de la divina justicia, llorando el santo Padre muchas lágrimas, al paso que derramaban sangre los penitentes: este modo de aplacar á Dios con procesiones de sangre las Semanas Santas, instituyó el Padre en todos sus partidos, yendo en la procesión predicándoles y animándoles con gran fervor y con apostólico celo, y después de ella se azotaba cruelmente dentro de su casilla, como lo notaban y admiraban los mismos indios. Pero qué mucho solicitase al fin de su vida la espiritual de estos pobres, el que luego que llegó de España á México, la misma tarde buscó libro de la Doctrina cristiana en lengua mexicana y la empezó á estudiar sólo con este fin. En la cual lengua no sólo salió idóneo Ministro para entenderlos en las confesiones, sino también muy diestro predicador para instruirles.

Todas estas virtudes y heroicos actos de celo de la religión cristiana, de fervor apostólico, de observancia religiosa, de amor de Dios, de rigor consigo y de caridad con los prójimos, le ganó entre españoles é indios el nombre de Padre santo, y los mismos de la Compañía le veneraban como á tal, pidiendo alguna de sus alhajas para venerarlas por reliquias; en especial un Padre misionero solicitó alcanzar algún escrito de su mano, como instrumento de tantas obras y Ministro de tantos bautismos. Nada se ensoberbecía este santo varón con el aplauso y opinión de su santidad, antes obraba todos estos actos de virtu-

des con tanta sinceridad y humilde llaneza, que aun él mismo no las conocía, teniéndose por el más imperfecto religioso é indigno de vivir en compañía de sus hermanos.

§ VIII.

Del fin de la vida y santa muerte del Padre Pedro Mendes.

A este colmo de santidad llegó el Padre Pedro Mendes, al tiempo que Dios le disponía un glorioso fin y una quieta y deseada muerte; tuvo sin duda más que ordinario conocimiento de que se llegaba la hora de su eterno descanso, y así ocho ó diez días antes, estando una noche ayudándole á desnudar un Padre de casa, advirtió que hacía algunas extraordinarias diligencias de devoción, poniéndose al cuello un relicario, y descolgó una imagen de un Crucifijo que tenía á la cabecera, besándole con afectuosa ternura y encomendándose á él con grande amor y confianza. Después le dijo al Padre: «cuando yo me muera, sepa vuestra reverencia que aquella caja que allí está es de una persona seglar;» y finalmente, hizo tales demostraciones, que entendía el Padre que lo asistía que aquella había de ser la última noche más clara que el día para las delicias de su alma.

Llegóse al fin el día de Santa María Magdalena, y habiendo el Padre confesado y comulgado su víspera, y pasado aquel día como los demás, y recogidose á acostar la noche de él, yéndose á levantar (como se colige del modo como fué hallado su santo cuerpo) cayó de la cama y se lastimó gravemente el rostro; y estaba ya tan sin fuerzas, que ni las tuvo para dar voces y avisar á algún Padre de los vecinos, y viéndose caido en el suelo, y afligido por no poderse levantar, por lo menos levantó el brazo é hizo con los dedos de la mano izquierda una Cruz, y con esta agonía, desamparo y dolor, dió su bendita alma, sin que persona de casa lo llegase á entender ni á imaginar; hasta que entrando en su aposento lo hallaron en quietud y cerradas las ventanas y en el suelo ya muerto; levantáronle y pusiéronle en la cama, y súpose la triste é inopinada nueva que dejó á todos lastimados, y también admirados de ver que el brazo le tenía levantado en alto, formada la Cruz con los dos dedos de la mano; besáronsela algunos, movidos, lo uno de la santidad del Padre, lo otro admirados de tan extraordinaria y santa demostración; y aunque se hicieron diligencias por bajarle el brazo y componerle los dedos, nunca se pudo, hasta que se los ataron para ponerle el cáliz en las manos.

De esta misma suerte fué hallado el santo Padre Gonzalo de Tapia, muerto en Sinaloa á manos de bárbaros infieles por la predicación del Evangelio, el cual, habiendo quedado después de muerto levantado el brazo, y hecha con los dedos de la mano la Cruz, jamás pudieron los bárbaros, ministros de su muerte, ni bajársela ni cortársela, como lo intentaron, con una hacha, cuyos golpes quedaron señalados en el santo brazo, triunfante y victorioso con el estandarte de la Cruz. Sucesor fué (como ya dijimos) el Padre Pedro Mendes, de este santo mártir, y devotísimo imitador suyo; pues apenas martirizado el uno entró el otro en su partido con el mismo fervor y espíritu de convertir aquella gentilidad, y con los mismos deseos de perder la vida por su Dios.

No quiso su divina Majestad cumplirle estos deseos de parecerse á su santo antecesor en el martirio, pero quiso igualarle en ocuparle en la misma empresa, y en las circunstancias de la muerte levantando el uno y el otro el trofeo de la santa Cruz, por cuya gloria y dilatación murió aquel y vivió éste, y aunque murió con tanta brevedad y desamparo, bien podemos decir que no murió de repente el que tantos años anduvo desafiando á la muerte, y tantas veces se puso á ser asaeteado y muerto por la gloria de su Dios y salvación de las almas, y por enarbolar el trofeo de la santa Cruz en tantas iglesias como las que dedicó; y aun en los caminos, selvas y montes por donde caminaba; y en los últimos alientos de la vida y después de muerto no parece cesaban en estos deseos; y entre las agonías de la muerte cuidaba de exaltar y levantar la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, que toda su vida había predicado. Enterróse en nuestra Iglesia de la Casa Profesa con gran sentimiento y lágrimas de los que le conocían, y con no menor aprecio de su santidad, cuyos actos referían con una dulce y tierna memoria. Murió el año de 1643, á los 88 de su edad, 70 de religión y 50 de profesión de cuatro votos, varón de grandes merecimientos, y que nos dejó grande seguridad con sus heroicas virtudes de que goza en el Cielo del premio de sus grandes merecimientos.

CAPITULO XXVI.

Vida, virtudes y dichosa muerte del Padre Diego Díaz de Pangua. Año 1631.

Razón tenemos para poner aquí consecutivamente, á la vida del venerable Padre Pedro Mendes, la de otro grande sujeto, que aunque murió primero que él, pero por su medio quiso Dios Nuestro Señor traerle á la Compañía y darlo á esta nuestra Provincia de Nueva España; el cual la ilustró con sus letras, y edificó con sus muy religiosos ejemplos de sus grandes talentos y aventajada virtud. Este fué el Padre Diego Díaz de Pangua, cuya entrada en la Compañía fué guiada de la Divina Providencia por consejo y devoción del Padre Pedro Mendes, y del modo que aquí diremos: Nació Diego de Pangua en la villa de San Martín de la Nueva Vizcaya, reino de la Nueva España, hijo de muy honrados padres que lo enviaron á estudiar á la ciudad de México, y para su mayor aprovechamiento en virtud y letras, entró á ser colegial en el Colegio de San Ildefonso que está á cargo de la Compañía; aquí le dió Dios deseos de entrar en ella, aunque para ponerlos en ejecución le detenían dos cosas: La primera, el haber hecho voto de entrar en la religión de San Francisco; y lo otro, la cortedad natural le atajaba para dar parte de estos sus deseos á otro alguno, ni aun al mismo Padre que lo confesaba. Hasta que un día, habiendo comulgado, se determinó de hablar al Padre Pedro Mendes que entonces tenía á su cargo la sala de colegiales donde vivía Diego de